

LA ESPINGARDA,

PERIÓDICO LITERARIO, DE ANUNCIOS Y NOTICIAS.

Se publica los Martes, Jueves y Domingos, de cada semana. Precio de suscripción: dentro la capital por un mes 4 reales y 5 fuera de ella franco de porte. A los señores suscritores se les admitirán los anuncios *Gratis*, siempre que estos no excedan de seis líneas. Se suscribe en esta capital en la imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterías número 7.

OCTAVIO.

(Conclusion.)

Llegó entonces el día de San Juan. Una tradición en aquella isla arraigada asegura que el amante rechazado que sale con su escopeta al hombro en la mañana del piadoso Bautista y halla un pájaro posado en el primer árbol próximo á su casa, con tal que le dispare y lo derribe, está cierto de atravesar con una flecha eterna el pecho de su bella ingrata. Apenas pues asomó el alba célebre de una fecha tan popular, se levantó despacio Octavio, cogió el arma mortífera y abandonó su aposento. Habiendo él desdeñado á Paulina, se irritaba no obstante de que se atreviese ella á desdeñarle á su turno. El mejor modo de conseguir que un hombre se arrepienta de su infidelidad, es no echarle en cara que la ha cometido. El corazón humano encierra mil contradicciones y se aficiona á menudo á los objetos que lo dejan.

Una larga fila de pinos se estendia frente al domicilio de Octavio. Regístralos el jóven con su mirada perspicaz, y al descubrir el plumaje tornasolado de una paloma boba entre las ramas sacudidas por el fresco céfiro, un presentimiento victorioso se desliza en su pecho. Alza la escopeta con la cruel satisfacción del amor propio ofendido que se cree seguro de la venganza; pero cuando va á tocar el gatillo, una mano trémula detiene la suya. Volvió Octavio el rostro enojado y percibió á Enrique, que sospechando su plan lo observara y siguiera inquieto.

—Bien sé que las traiciones nacen generalmente de la ignorancia y la superstición, exclamó el postrero; pero ¡ay amigo mio! cuando algo nos interesa verdaderamente, la reflexión no consigue tranquilizarnos. Octavio, tu carácter inconstante haria la infelicidad de Paulina, á la cual el mio puede hacer dichosa. Muéstrate generoso de consiguiente con la amistad y la inocencia permitiendo que esa ave vuele libre hácia donde la guie su

instinto, y que Paulina obedezca á la voz de la duradera simpatía que hácia mí la conduce.

—¿Pretenderias *desbancarme*? replicó Octavio, pálido de cólera. ¿Quién te ha dicho que el alma de esa mujer no me pertenecerá siempre ínterin yo desee dominarla? Para que no lo dudes, mira!

Y fijando sus ojos de águila feroz en la paloma, disparó sin vacilar. Un grito femenino acompañó desde las malezas la detonación de la escopeta. Mas la paloma, lejos de caer, se elevó en sus alas rápidamente, giró como asustada en el aire, y corrió á refugiarse sobre el seno de Enrique.

—Paulina mia! murmuró este acariciándola como si fuera su amada que le pidiera protección.

—Gracias, buen Dios! balbuceaba mientras tanto una voz tímida bajo los pinos; me salvé!

Acudió Enrique al rumor de aquel querido acento, y encontró la jóven, que agitada por un supersticioso recelo, sospechando tambien la prueba que podia tentar Octavio, habia vigilado las acciones del hombre que ya solo le inspiraba terror en la famosa mañana de San Juan, á fin de liberar de sus pérfidas asechanzas al ave simbólica, arrojándole una piedrecilla que la espantara, según ejecutó diestramente.

Enrique y Paulina recobraron en la isla de Pinos la salud del cuerpo y del alma, lo que patentiza para consuelo de la pobre humanidad que no hay herida que no cicatrice el tiempo, y que la casualidad suele ser un gran médico propio para practicar milagrosas curas. Convencióse Octavio demasiado tarde de que atormentar á una mujer no es el mejor remedio de conservar su afecto, y Enrique en tiempo oportuno de que el modo de olvidar á una coqueta es prendarse de una jóven consecuente y sensible. Él y Paulina viven felices á la sombra de la paz matrimonial, mientras los amantes desgraciados, no ignorando que el salto de Leucades ha caído en descrédito, piensan ir á la isla de Pinos á matar palomas-bobas (nombre que llevan á causa de su mansedumbre) informados de la popular tradición.

A ELISA.

Ay! Elisa! la nave que parte
 Rasga el agua en mil hebras de plata,
 Y con ella te auyentas, ingrata,
 Olvidando tus votos de amor.
 Que se han hecho, perjura, los dias
 De constancia, de amor, de delirio?...
 Ay!..., tronchados están como el lirio
 Que agostó el huracan bramador.

Hubo un tiempo en que lábios amantes
 Tu constancia y amor prometieron,
 Ay! y en ellos los mios bebieron
 De los gozes el néctar mas fiel.
 Hoy, Elisa, está rota la venda...
 Tan falaz te contemplo hoy, ingrata,
 Cual falaz es la alfombra de plata
 Dó se mece su altivo dosel.

Ay! tu partes! tu patria abandonas
 Y tu cuna, y tu sol, y tu cielo,
 Haces bien en huir de este suelo
 Fiel testigo de amante dolor.
 Haces bien, que ese cielo te ha oído,
 Haces bien, que ese sol te ha mirado,
 Y al nacer, veces mil te ha encontrado
 Palpitante en mis brazos de amor.

Ay! ya veo á la nave mecerse
 Y avanzar entre un surco de espuma,
 Cual paviota que huyendo la bruma,
 Vuela altiva, rozando la mar.
 Ay! Elisa! vé en paz á otro clima
 Y adelanta por senda de flores,
 Mientras llora hoy aquí entre dolores
 Quien no sabe dejarte de amar,

V. Balaguer.

A MARIA.

PLEGARIA.

Aparta de tus ojos la nube perfumada
 Que el resplandor nos vela que tu semblante dá,
 Y tiéndanos, Maria, tu maternal mirada
 Donde la paz, la vida y el paraiso está.
 Tú, bálsamo de mirra, tú, cáliz de pureza,
 Tú, flor del Paraiso y de los astros luz,
 Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
 Por la divina sangre del que murió en la cruz.
 Tú eres, oh Maria! un faro de esperanza
 Que brilla de la vida junto al revuelto mar,
 Y hácia tu luz bendita desfallecido avanza
 El náufrago que anhela en el eden tocar.
 Impela ¡oh Madre augusta! tu soplo soberano
 La destrozada vela de mi infeliz bajel;
 Enséñale su rumbo con compasiva mano,
 No dejes, que se pierda mi corazon en él!...

José Zorrilla.

ÁNGEL DORMIDO.

No así, céfiro, despliegues
 El cendal que lleva al cuello;
 No beses ¡ay! su cabello,
 Ni con él lascivo juegues.

Luna, tu rayo detén:
 No lo estendas hácia aquí,
 Que si la tocas, de tí
 Celoso estaré tambien.

Duerme, Elvira: ya sereno
 El viento apenas murmura,
 Duerme á mi lado segura
 Cual de tu madre en el seno.

Yo beso la verde alfombra
 Donde tu planta pusiste...
 Por fin ¡oh luna! esculpiste
 Su airoso talle en la sombra.

Recoje tu luz, no mas:
 No alumbres su pecho así;
 Que el amor se oculta allí
 Y de amores morirás.
 ¡Mas qué rumor!... un suspiro...
 Sí, me llamaba en su sueño:
 ¡Oh! delicias, dulce sueño,
 De gozo apenas suspiro.

Tuyo soy: no hayas temor:
 ¡Oh que placer soberano!
 ¡Tambien me tiendes tu mano
 En tus ensueños de amor?

Uno... ciento: ¡dicha loca!
 Mil veces he de besarla:
 ¡Vas tan pronto á retirarla?
 No la profana mi boca.

No mi bien; mas guarda, ten:
 Eres puro serafin:
 Con amor de ángel al fin
 Se te debe amor tambien.

Y al tocarte, lo he sentido,
 Y ya, ni tu aliento bebo,
 Y ya, ni á rozar me atrevo,
 Con el tuyo mi vestido.

Duerme, duerme, casta flor,
 Replégate en tu capullo:
 Calla, arroyo, tu murmullo,
 No te quejes, ruiseñor.

Nuncios del cielo, venid,
 Torced el vuelo sonoro;
 Con vuestras alas de oro
 Mientras duerme la cubrid.

Veladla amorosa, vos,
 Madre, del empíreo estrella,
 A vos os dejo con ella
 Y á los ángeles de Dios.

¡Era ma ditxa!...

¡Quánt la estimaba!... Era hermosa

Com la primera il·lusió

Que sonriu al infantet

Mentre s' dorm en lo bressol!

¡Quánt la estimaba!... Era bella

Com la imatge del candor,

Com la brisa juguenera

Que passa gronxant las flors;

Com lo bés cast de una mare,

Com lo conjugal amor,

Com lo *adeu* trist y sensible

De eterna separació!...

¡Ay! la estimaba, com ama

Lo dia á la llum del sol,

Com estima, melancólica,

L' ánima asceta l' repós

Y la dolsa soledat

Lo arrepenitit pecador;

Com la mareta afanyosa

A lo fruit de sos amors;

Com la tendra papallona

Adora l' llum misteriós;

La estimaba, com estiman

Los guerrers sos bells pendóns

Trossejats en mil batallas,

Que son altre mil honors;...

La estimaba, com estima

Lo trovador sos vertés llors

Qu' en los torneigs y certámens

Ha alcansat victoriós!...

¡Tant la estimaba, qu' ella era

Ma sola consolació,

Ma esperansa deliciosa

En lo camí de aquest món!

¡Era ma il·lusió més bella,

Era mon únich consól,

La sola nina en la terra,

Perquí desitjaba l's llors

Alcansar de justa fama

Pera adornar son pur front!...

Era mon amor, ma guia,

Lo somni afalegador

Que constantment me adormía,

Frenétich mon cór de amor!...

A son costat poch valian

Los lluents crestissats d' or

Ab que se adornan las reynas

Que del cor reynas no son;

La sola cinteta blava

Que ressaltaba en son còll,

Li daba mil novás gracias;

Mil encants que ufá record

Y que ¡infelís! pera sempre

Pera mon p't perduts son!...

Trovador del Onyar.

CAMOENS.

Estamos en el dia 17 de julio de 1579.

El sol toca ya á su ocaso, y la pálida luz del crepúsculo penetrando por una destrozada ventana, ilumina el interior de una miserable habitacion de Lisboa.

Merced á esta dudosa claridad, vése en un rincón un pobre lecho, y al lado una rota mesa cubierta de varios papeles y algunas botellitas llenas de medicina; dos sillas de paja completan el mueblaje del cuarto, si esceptuamos una bruñida armadura, una daga y espada colgadas á su lado, y algunos libros que yacen esparcidos por el suelo.

El mayor silencio reina allí, y no es que la estancia esté deshabitada.

Postrado en el lecho vése un venerable anciano, de luenga barba y cabellos plateados.

Está durmiendo, y su respiracion escápase entrecortada y ronca de su pecho.

Al contemplar su rostro, se comprende que aquel anciano ha sufrido mucho y que el dolor ha minado su existencia, porque á pesar de no tener más que cincuenta y cinco años, su faz demacrada, su ancha frente, surcada por innumerables arrugas, y sus escasos y blancos cabellos representan á un octogenario prostrado por la edad y los achaques de la vejez.

Sin embargo, no era el tiempo lo que tenia postrado á aquel hombre en el lecho del dolor, sino el génio y los sufrimientos.

Si el génio y el pesar consumen rápidamente la existencia, no era extraño que aquel sér fuera ya decrepito, porque el génio cerniöse sobre su cuna, y las lágrimas fueron su herencia; porque aquel hombre se llama Luis de Camoens.

La puerta rechinó levemente, y una persona entró en el cuarto.

Adelantóse hácia la cama, procurando ahogar el ruido de sus pisadas, y paróse un momento á contemplar al enfermo; se volvió en seguida para dejar una botellita y algunas monedas encima de la mesa, y la luz cayendo sobre su rostro iluminó la espresiva fisonomía de aquel hombre y su téz de ébano.

El negro sentóse cerca del lecho; clavó su brillante mirada en la demacrada faz del enfermo, examinándole como examina un hijo á su padre moribundo, y un ahogado gemido escapóse de sus labios, al mismo tiempo que dos lágrimas rodaban lentamente por sus mejillas.

Camoens abrió los ojos, levantó la cabeza, y al ver al negro alargóle la mano enternecido; el esclavo cayó de rodillas y cubrió con sus besos y lágrimas la mano del poeta.

—No llores, amigo, dijo Luis con voz débil; no llores porque dejo esta miserable vida por otra de grandeza.

—Sí, contestó el negro con ronco acento, miserables son los seres que pisan este mundo, y más miserables los portugueses que os dejan morir en la miseria, que os obligan á mendigar vuestro sustento.

—¿Que quieres...! algún día reconocerán su falta y se avergonzarán de ella; algún día se apresurarán á repararla.

—Y mientras llega este día, sufrís toda clase de privaciones, no teneis pan que llevar á vuestros labios sino el que os dá la caridad pública; no teneis lecho en donde descansar, sino un miserable jergon.

—¿Has recogido mucha limosna?

—La suficiente para atender á vuestras necesidades; he ido mendigando de puerta en puerta, y con trabajo he podido reunir algún dinero, á veces encontraba á algún menestral que, al alargarme parte de su salario, exclamaba indignado: «¡Mirad, es el compañero de Camoens, de Camoens, el autor de las Luisiadas, que mendiga su sustento! ¿Y sois vos el perseguido, el desterrado, el soldado de Ceuta á quien, en cambio de su sangre derramada en los campos africanos, han dado la persecucion y el destierro? ¿Sois vos el autor de las glorias lusitanas? ¿No sus grandezas, sino sus miserias cantar debiais!»

—¡Es tan dulce el nombre de la patria!

—¡Son tan amargos sus desprecios! añadió el negro.

—Deja obrar el tiempo: algún día, como te he dicho, reconocerá su injusticia, y este día mi obra será citada con orgullo por mis compatriotas; este dulce pensamiento me consuela.

—¡Oh, sí! el poema que escribisteis en el destierro, en Macao, será la gloria portuguesa.

—Él endulzaba los amargos días de destierro: ¡Con qué afán veía mi creacion! ¡Con qué placer la contemplé terminada! Pasé días enteros puliéndola, y cuando la ví perfecta exclamé con orgullo: así paga Luis de Camoens las ingratiitudes de su patria. Y despues... despues una tempestad por poco destruye mis Luisiadas. Tengo presente este terrible instante de mi vida, el cielo presentábase negro, espantoso; los rayos surcaban la atmósfera, prestando un color infernal á aquella escena de desolacion; el mar embravecido rugia espantosamente, azotando sus oleadas la débil caravela.

¡Nos vamos á pique! gritó una voz, y entonces corrí como un loco, agarré mi poema, y sin pensar en mis únicos recursos que se perdian en el naufragio, me arrojé al mar; al sentirme caer en el abismo temblé, pero no temblaba por mi vida sino por mis Luisiadas: sin saber cómo, encontréme encima de una tabla, y entonces nadé, salvando con una mano el manuscrito y con otra la vida. Ya no leeré más mi poema, porque me restan pocas horas de vida; pero no quiero morir sin

despedirme de él, léeme algún fragmento por última vez.

(Se concluirá.)

SENCILLEZ DE UN MARIDO.

Sintióse una mujer indispuésa, y comenzó á gritar diciendo que la habian envenenado. Es de advertir que su marido la odiaba con sus cinco sentidos, y ella no lo ignoraba. Vino la justicia, y preguntó á la paciente:

—¿Quién cree V. que la ha envenenado?

—Mi marido, contestó.

—¡Señores, qué falsedad! exclamó el marido; Que la abran inmediatamente en canal, y se verá que me calumnia.

LA TROMPETA DEL JUICIO.

Hallábanse sentados á la mesa algunos estudiantes, en una casa de pupilos, cuyo cocinero jamás ponía en el cocido dos onzas de carne, y sí todas los huesos que habia en la carnicería. Uno de aquellos cogió una canilla, la llevó á la boca y empezó á tocar á manera de corneta.

—¿Para qué haces tanto ruido? le preguntó uno de ellos.

—Para ver si sucede lo que el día del juicio, y viene la carne á buscar sus huesos.

¿Para qué estudiaría?

Un estudiante que escribía á un amigo suyo, empleó tres pliegos de papel en la carta, y concluyó diciendo:

—Amigo mio, esta carta va muy larga, porque no he tenido tiempo de escribirla mas corta.

SECCION DE ANUNCIOS.

TEATRO DE LA REINA.

FUNCION 9.^a DE ABONO PARA HOY 4 DE LOS CORRIENTES.

Se pondrá en escena la ópera, música del maestro Apolloni, dividida en un prólogo y 3 actos titulada:

L' EBREO.

Entrada general 3 reales.

Idem por la calle del Teatro 2 id.

A las 8.

EDITOR RESPONSABLE, JUAN FERRER.

GERONA: Imprenta de Meliton Suñer, calle de las Ballesterías número 3.—1861.